

Sobre la formación de palabras antigua en euskera

Mikel Martínez Areta

UPV-EHU

0. Introducción

Lo que sigue es una síntesis de Martínez Areta (2003), artículo en el que hemos tratado de realizar una interpretación semántica del desarrollo que han tenido que sufrir los antiguos sintagmas del Proto-Vasco Antiguo en su proceso de lexicalización. Que este proceso se ha tenido que producir es según nuestro punto de vista una consecuencia lógica de la aplicación a los datos de la teoría desarrollada desde Lakarra (1995). Según esta teoría, entre los ítemes léxicos autóctonos de la lengua, la gran mayoría son monosilábicos o disilábicos, y entre estos últimos todos o casi todos pueden descomponerse en elementos monosilábicos que en alguna época han tenido que ser independientes. Así por ejemplo, en las raíces disilábicas autóctonas *gi-bel* “hígado”, *sa-bel* “estómago”, *u-bel* “moradura”, *os-pel* “sabañón”, *ar-bel* “pizarra”..., es perceptible un segundo elemento que sin duda debe tener que ver con mod. *bel-tz* “negro” y cuyo significado podría estar cercano al campo semántico “negro”.

Todo esto implica varios problemas simultáneamente. Uno es el de los tipos composicionales que podrían coexistir si todas esas raíces disilábicas fueron en efecto perífrasis en origen (esto será tratado en el punto 1). Otro problema es el de la motivación de esta proliferación composicional, acaso prosódica según sugerimos (punto 2). Un tercer problema, íntimamente relacionado con los anteriores, es el de las categorías léxicas que podría tener la lengua en la fase más antigua de este proceso estructural (punto 3). Y el último, el del tránsito de un léxico a otro que un proceso como éste debió sin duda generar (punto 4).

Hagamos, antes de entrar en materia, una precisión cronológica basada en los principios semánticos que hemos establecidos en Martínez Areta (2003). Llamaremos PVA (Proto-Vasco Antiguo) a la época en la que un compuesto autóctono disilábico, por ejemplo **har-bél*, era interpretado analíticamente o como perífrasis, “piedra negra”, y PVR (Proto-Vasco Reciente) a aquélla en la que éste ya se ha lexicalizado, > “pizarra”.

1. El proto-vasco antiguo, sus tipos composicionales y sus categorías léxicas

En Martínez Areta (2003) hemos realizado un intento de clasificación de los diferentes tipos composicionales subyacentes a las numerosas formas nominales disilábicas que Lakarra (1995) descompone en dos elementos monosilábicos pero sin asignarles ningún *status* léxico. Por ejemplo, según él *aker* “macho cabrío” < **han-ger*, siendo **han* algo así como “animal” (cf. *ahuntz* “carnero” < **han-huntz*, *han-di* “grande”...), y **ger* algo parecido a “malo, maldad” (cf. *oker* “torcido”, *maker* “deforme”, *puzker* “pedo”...). Pero en ningún momento dice explícitamente que esta construcción fuera de la estructura nombre-adjetivo, o nombre-nombre, o de cualquier otro tipo, ni señala en cada caso cuál de los dos es el núcleo nominal. Esto es lo que hemos intentado hacer en los mencionados artículos, además de exponer una teoría plausible acerca de cómo y por qué se dio el paso del monosilabismo al disilabismo. Para afrontar todas estas cuestiones, de alguna manera hemos partido quizás del otro extremo que Lakarra, atendiendo a razones puramente semánticas y dejando a un lado las formales.

La clasificación de estructuras composicionales disilábicas, es decir de compuestos disilábicos postulables para el PVA¹ que hemos realizado en Martínez Areta (2003) ha sido la siguiente:

1) **Descriptivos**: de estructura nombre-adjetivo,² como *ar-bel* “pizarra” < **har-bel* “piedra negra”. En origen es un sintagma del tipo ‘nombre + adjetivo’, pero al lexicalizarse, el significado total corresponde a un objeto referencial concreto.

2) **Subordinativos**: de estructura nombre-nombre, como *ost-ots* “trueno” < **orz-tots* “estruendo del cielo”. En origen es un sintagma del tipo ‘nombre + nombre’ donde el núcleo nominal es el segundo elemento y el primero es un modificador, como ingl. *back-bone* “columna vertebral”.

3) **Sufijados**: de estructura nombre-sufijo, como *er-le* “abeja” < **hez-le* “melero/-a”. En rigor, éste no es un compuesto, pero sí una manera morfológica más de formar un disílabo.

4) **Coordinados**: de estructura nombre-nombre, como *gi-zon* “hombre” < *gi-zon* “hecho de carne y de adobe (?)”. En este tipo, de carácter extremadamente

¹ Más exactamente para el tránsito del PVA al PVR, matiz que irá quedando claro a lo largo de la argumentación que sigue.

² El elemento subrayado indica que es núcleo nominal.

especulativo, se unen dos conceptos, ambos relacionados con la palabra que se quiere designar. Podríamos llamarlo ‘metonimia geminada’.

5) **Reduplicados:** de estructura nombre-nombre, como *go-gor* “duro” < *go-gor* ‘redupl. de *gor*’. En origen, pudo tener función o funciones típicamente asociadas a la reduplicación (pluralidad, idea de aumento...). Se podría discutir si surgió como reduplicación total o parcial.

Con este planteamiento, lo que nos ha interesado ha sido esbozar de un modo general cómo ocurrió el tránsito de la raíz del monosilabismo al disilabismo y trazar una cronología del significado que pudieron tener los compuestos disilábicos en cada momento, y hacerlo desde el punto de vista semántico, no formal.

Tomemos la palabra *zakur* “perro”, que Lakarra (2002: 436) deriva de < **zan-gur* “guardián agazapado”. Pues bien, si esto es así, quiere decir que en una época antigua **zan* — que puede ser la raíz verbal de *zain(du)* ‘pfvo. de “cuidar proteger”’, forma ésta a la que se ha añadido el sufijo *-i*— y **gur* —el mismo que aparece en *ma-kur* “torcido, agachado”, *ez-kur* “bellota”, *uz-kur* “tímido; cobarde”— eran elementos independientes que podían formar innumerables combinaciones paradigmáticas de sintagmas composicionales. Así, un sintagma disilábico con **gur* —a nuestro juicio un adjetivo— como segundo elemento, **[_ - gur]*, podía completarse con diferentes primeros elementos: **zan-*, **ba-*,³ **(h)ez-*, **uz-*..., combinando así diferentes significados: “guardián agazapado”, “(tipo de) árbol inclinado (?)”, “roble inclinado (?)”, “X inclinado”... Asimismo, al primer elemento **ba-*, sea cual sea su significado, se le podía agregar, dentro del sintagma **[ba - _]*, una serie indefinida de (lo que a nuestro juicio son) adjetivos: **-gar*, **-ger*, **-gur*, **-gal*..., dando lugar a los sintagmas “X áspero”, “X malo”, “X inclinado”, “X escaso (?)” (correspondientes a mod. *ma-kar* “legaña”, *ma-ker* “deforme”, *ma-kur* “inclinado”, *ma-kal* “débil, flojo”). Que sólo queden constancia histórica de éstas no quiere decir que las combinaciones no fueran tan numerosas como amplio el léxico y la lógica semántica lo permitiera.

En PVA, la construcción *[_ - _]* debió ser una posibilidad sintagmática constantemente abierta a la formación de nuevas combinaciones según el albedrío de los hablantes y la semántica que resultara de cada combinación. Por ejemplo, la combinación **har-bel*, que en principio no designaría nada más que la mera suma de un nombre con un adjetivo, es decir,

³ O bien **be-*, si *makur* < **be-gur*. Como ahora sólo nos interesa el proceso desde un punto de vista general, prescindiremos de discutir en cada caso qué forma deberemos reconstruir.

“piedra negra”, se referiría seguramente casi siempre a un tipo concreto de tipo concreto de piedra negra: la “pizarra”. Con el tiempo, y en algunos casos con la ayuda de diversos cambios fonéticos constatables ya en PVR, el sentido analítico de cada sintagma disilábico se fue perdiendo y sólo quedó el sentido figurado. Al lexicalizarse éste, el sintagma dejó de ser una combinación de dos lexemas monosilábicos para pasar a ser una raíz disilábica en toda regla: **har-bel* “piedra negra (figurat. pizarra)” > *arbel* “pizarra”, de manera que las construcciones sintagmáticas del tipo [_ - _] pasaron a convertirse en construcciones del tipo [_ _], ahora sin barrera morfemática de por medio. Es así como, en nuestra concepción de los hechos, tuvo que producirse el tránsito del monosilabismo del PVA al disilabismo del PVR.

Los sentidos figurados que los sintagmas disilábicos del PVA podían contener eran a veces de cariz exocéntrico, o incluso metafórico. Por ejemplo, *o-ker* “torcido”, según Lakarra (2002: 433) < **or-ker* “pie malo”, tuvo que ser en origen una construcción metafórica: “lo que tiene el pie malo > lo que está en una posición precaria”. Por otra parte, hasta aquí hemos aducido ejemplos de estructuras del tipo nombre-adjetivo, pero lo mismo debió ocurrir con las restantes estructuras. Las del tipo nombre-sufijo surgirían también en su mayor parte para designar objetos o conceptos referenciales y después se lexicalizarían. Así, **(h)ez-le* “melero (?)” surgiría en PVA como una perífrasis para designar a la abeja, pero después se convertiría en PVR. *erle*, lexicalizándose en este caso con ayuda de dos cambios fonéticos (**h-* > \emptyset - y **-z-* > *-r-*) que contribuían a difuminar la percepción analítica de la perífrasis. Del mismo modo, **dol-dol* —o **do-dol*, si partimos de reduplicación parcial— surgiría como una perífrasis reduplicativa, —sin que podamos precisar cuál pudo ser su significado primitivo—, para luego lexicalizarse: **dol-dol* > *odol*. En este caso, el cambio **d-* > \emptyset - también puede haber contribuido a difuminar el carácter originalmente reduplicado de la forma.

2. La productividad composicional y sus motivaciones

Cabe preguntar cómo, cuándo y por qué se produjo una proliferación tan productiva de sintagmas disilábicos, con sus subsiguientes lexicalizaciones, a partir de elementos monosilábicos. Lo cierto es que las raíces reconstruibles para el PVR son mayoritariamente disilábicas, y quizás deba buscarse alguna razón a este fenómeno. Si introducimos el factor del acento dentro de este planteamiento, constataremos que la estructura de los sintagmas estudiados son [_ - ´] en PVA, y [_ ´] en PVR. Como mera posibilidad, en Martínez Areta (2003) sugerimos la hipótesis de que la proliferación de estructuras del tipo [_ - ´] pudo estar condicionada por factores prosódicos. Una vez que comenzaron a surgir, a partir de una

lengua monosilábica o quasi-monosilábica, pies disilábicos deuterotónicos —esto es, con el acento en la segunda sílaba—, este tipo de formación de sintagmas disilábicos pudo extenderse y provocar que la mayoría de los significados que requiere un léxico suficientemente amplio para la comunicación fueran representados por significantes de esta estructura. El aumento progresivo de estas construcciones hizo que muchos significantes adoptaran *ad hoc* esta estructura, es decir, que con el mero propósito de completar un sintagma disilábico se juntaran dos elementos monosilábicos.

Creemos que esto es lo que ocurre con ciertos sintagmas que nosotros hemos clasificado dentro del tipo nombre-adjetivo. El (a nuestro juicio) adjetivo **gur* “agazapado, inclinado” parece ser en origen nada más que un epíteto para acompañar a un nombre en **zan-gur* “guardián agazapado”. Del mismo modo, en **(h)ez-gur*, si el primer elemento tiene que ver con el primer componente de *ez-ki* “tilo”, *ez-pal* “astilla” y —de modo más especulativo— *ez-ti* “miel”, y si el significado antiguo de su descendiente moderno *ezkur* “bellota” es “árbol” —con esta significación aparece en RS y en Cap.—, entonces quizás el significado original de **(h)ez* fuera “árbol”, ‘tipo de árbol’ o “roble”. En este caso, **gur* “inclinado” sería claramente un epíteto atribuible a **(h)ez* por razones que se nos escapan en cuanto a la semántica, pero que congenian perfectamente con lo dicho en cuanto a la forma.

También es digno de atención lo que sucede con diversos nombres de animales de estructura nombre-adjetivo. Veamos los siguientes: **han-ger* “animal maligno (?)” > *a-ker* “macho cabrío”, **gil-ger* “X maligno (?)” > *kil-ker* “grillo”, **han-dur* “animal siniestro (?)” > *an-dur* “ruin”, **bil-dur* ‘cierto animal (??) siniestro (?)’ > *bel-dur* “miedo”, **hor-gatz* “perro malo (?)” > *or-katz* “corzo”. Si dejamos a un lado **bil-dur*, cuya explicación a partir de un significado animal es ciertamente una mera conjetura, en el resto de las formas reconstruidas parece que un nombre de animal es asociado con un adjetivo que implica algún tipo de maldad. Quizás esto fuera debido a algún factor tabuístico en torno a ciertos animales, existente en muchas culturas primitivas. Si esto fuera así, y si a estos animales subyaciera cierta malignidad, la agregación de estos epítetos tendría cierto cariz redundante desde el punto de vista semántico, y en cuanto a la forma serían una manera de completar un pie disilábico deuterotónico a partir de otro monosilábico: [_] > [_ - _]. Procesos similares, donde un pie se completa por medio de un relleno prosódico de semántica inane o tautológica se han dado cíclicamente en la historia de la lengua china. Algunos compuestos citados por Feng (1998: 209-210), correspondientes a los que comienzan a proliferar en chino medio, son:

lin-mu “bosques-montes > bosques”, *ju-ma* “carro-caballo > carro”, *cao-mu* “hierba-árbol > vegetación”, *dong-jing* “activo-tranquilo > actividad”.

Pero no sólo los compuestos del tipo nombre-adjetivo completaban disílabos del tipo [_ - _], sino que también lo hacían los otros tipos de compuestos. Las reduplicaciones, sea cual fuera su función semántica original, eran una forma directa de formar un disílabo a partir de un monosílabo, [_] > [_ - _]. Por otra parte, un mismo elemento monosilábico podía aparecer en diferentes tipos de compuestos. Esto es lo que debe pasar con **zal* “pellejo (?)” si hacemos caso a las etimologías de Lakarra (2004), ya que con él se construye el sufijado *zal-di* “pellejoso > caballo” pero también el reduplicado **za-zal* “piel (?)” (> mod. *azal* “piel”). Asimismo, si en *zu-bi* “puente” e *i-bi* “vado” subyace el numeral *bi* “dos”, tampoco debemos olvidar que ese elemento monosilábico aparece también en BN. L. *bi-ga* “dos”, sea cual sea la estructura de esta construcción. También en este caso nos ofrece paralelos el chino, en este caso el mandarín moderno, como señalan Li & Thompson (1990: 818-824). En esta lengua, algunos nombres que eran originalmente monosilábicos como *zhuō*, *bēi*, *yǐ* y *píng* se han convertido en disilábicos por medio de la agregación del sufijo de relleno *-zi* —originalmente un diminutivo— para resultar en *zhuōzi* “mesa”, *bēizi* “copa”, *yǐzi* “silla” y *píngzi* “botella”. Otro medio de satisfacer la necesidad de disílabos es la reduplicación de un monosílabo: *gēge* “hermano mayor”, *didi* “hermano menor”, *jiějie* “hermana mayor”, *mèimei* “hermana menor”. Cuando un elemento monosilábico se convierte en disilábico al combinarse con otro, el sufijo *-zi* o la reduplicación ya no son necesarios: *shūzhuō* “pupitre” (*shū* “libro”), *jiǔbēi* “botella de vino” (*jiǔ* “alcohol”), *dàgē* “hermano mayor (superl.)” (*dà* “crecer; grande”).

Con este planteamiento, pretendemos sugerir una explicación a la preponderancia de raíces disilábicas sobre las monosilábicas entre los ítems léxicos autóctonos. Con todo, es patente que no todos los monosílabos del PVA se adaptaron a este patrón, puesto que en el léxico vasco actual hay numerosos monosílabos que sin duda son palabras vascas antiguas. Según hemos argüido en Martínez Areta (2003), si observamos detenidamente la semántica de éstos, da la impresión de que la mayoría son nombres abstractos —*hats* “aliento”, *hatz* “dedo; huella”, *hits* “triste”, *hitz* “palabra”, *hots* “sonido, ruido”, *huts* “vacío”, *hauts* “polvo”— o incontables —*ur* “agua”, *zur* “madera”, *lur* “tierra”, *su* “fuego” (~ V. *sur-tan* “en el fuego”), *ke* “humo”—. En todo caso, nos parece que faltan, entre ellos, ejemplos claros de significados nítidamente singulativos. No encontramos, por lo general, significados como “vaca”, “toro”, “cerdo”, “árbol”, “roble”, “fruto”, “manzana”, “pera”, “flor”, “brazo”, “persona”, “hombre”,

“mujer”, “amigo”, “hermano”, “primo”, “monte”, “río”... Los significantes para este tipo de significados parecen ajustarse más al patrón disilábico.⁴

De manera inversa, entre los disílabos no parece haber nombres abstractos, o al menos que lo fueran en origen, y aunque quizás no podamos decir lo mismo de los incontables (*haize* “aire”, *gari* “trigo”, *ezti* “miel”, *esne* (< *esene* ?, forma existente en Navarra), *ikatz* “carbón” (< **ini-katz* ? o **eni-katz* ?)), a primera vista se diría que tienen más peso específico entre los monosílabos. En cualquier caso, es muy difícil precisar si los significados son antiguos o recientes, por antiguos que sean los significantes a los que corresponden. Los monosílabos como *ur* “agua”, *zur* “madera” y *lur* “tierra”, *su* “fuego” (~ V. *sur-tan*) y acaso *ke* “humo” — aunque éste no tiene en principio estructura CVC—, tienen una apariencia arcaica clarísima también en el ámbito de la semántica. Nuestra conjetura en el citado artículo ha sido la siguiente. Los disílabos parecen haber correspondido originalmente a: a) conceptos, generalmente materiales, a los que se les añade un elemento determinativo, que puede ser un adjetivo en los compuestos descriptivos (**han-ger* “animal maligno”) o un complemento nominal en los subordinativos (**orz-tots* “estruendo del cielo”); y b) conceptos, generalmente materiales, a los que se les añade un sufijo, en ocasiones quizás de cariz singulativo, como ocurre en los sufijados (**(h)ez-le* “el artífice de la miel”).

En resumen, los disílabos serían en origen o bien nombres determinados por un adjetivo o un complemento nominal, o bien singularizados por un sufijo. Este último rasgo presupone que en la época monosilábica las raíces de una sola sílaba no estaban especificadas para la categoría de número.⁵ Así, la raíz CVC, por ejemplo, no significaría “mesa” —pongamos por caso—, sino “cualidad de mesa” o “mesidad (!)”. Concebirla como una unidad singulativa y discreta requeriría el uso de algún tipo de flexión, como también la requeriría la forma plural o colectiva. Así las cosas, los sufijos **-le*, **-di* (~ **-ti*), **-i*, **-u* (?), **-so*, **-bo*, **-ko* y **-to* (?) podrían haber sido en origen sufijos singulativos o en todo caso portadores de una especificación para la categoría número. Los monosílabos que nos han llegado del PVR, en cambio, se habrían resistido a dejarse atraer por la incipiente estructura [_ - _] precisamente porque, al ser predominantemente nombres abstractos o incontables, eran más difíciles de determinar por un adjetivo o de singularizar por un sufijo.

⁴ Cf. Martínez Areta (2003) para excepciones y matizaciones que presenta todo este planteamiento, que aquí sólo podemos presentar de manera muy esquemática.

⁵ Esto sucede en un número no pequeño de lenguas. Para sus vicisitudes tipológicas, Corbett (2000: 17 y ss.; 156 y ss.).

3. El proto-vasco antiguo y las categorías léxicas

En Martínez Areta (2004) hemos indagado en las diversas manifestaciones de la categoría ‘adjetivo’ en distintas lenguas, para tratar de determinar qué *status* tendría el adjetivo, de existir, en PVR y, más atrás en el tiempo, en PVA. Según el estudio clásico de Dixon (1982), existen lenguas con una categoría abierta y amplia de adjetivos, en las que éstos además de ser numerosos pueden ser incrementados productivamente por medio de la morfología derivacional (así el inglés, el español, o el euskera moderno). Otras lenguas tienen una clase cerrada, reducida a un número relativamente pequeño de adjetivos y sin posibilidad de aumentarlo por derivación morfológica (así el hausa (con 12 adjetivos), hua (12), telugu (15), bamba (± 20), etc...).

Ahora bien, por mucho que en una lengua dada formalmente no exista una clase léxica de adjetivos, o bien exista una clase cerrada, por pura lógica funcional en todas las lenguas del mundo deberán existir nociones adjetivales que, si no se expresan por medio de adjetivos, caerán dentro de otras categorías (verbos o sustantivos abstractos). Esto es precisamente lo que hace realizar a Dixon (1982: 46 y ss.) generalizaciones del tipo: “en lenguas con clase adjetival reducida y cerrada, el tipo semántico PROPENSIÓN HUMANA tiende a asociarse predominantemente con la clase nominal”; o bien “en lenguas con clase adjetival reducida y cerrada, el tipo semántico PROPIEDAD FÍSICA tiende a asociarse predominantemente con la clase verbal”.

Por otra parte, también es esperable que en lenguas con pocos adjetivos o clase verbal cerrada y no productiva los conceptos expresados por éstos sean recurrentes. Dixon (1982: 1-7 y 54-57) analiza una muestra de 20 lenguas con clase adjetival reducida, y concluye que los conceptos más recurrentes son los siguientes (el número entre paréntesis corresponde al número de lenguas en las que aparece): “grande” (20), “pequeño” (19), “largo” (14), “corto” (15), “nuevo” (15), “viejo” (14), “bueno” (13), “malo” (14), “negro” (13), “blanco” (14), “rojo” (8), “crudo, verde, no maduro” (7). Esto quiere decir que los pares de adjetivos “grande”-“pequeño” y “bueno”-“malo” aparecen en la mayoría de los casos, de donde infiere Dixon parte de su primer universal. Es remarcable que en muchas lenguas con pocos adjetivos éstos se organizan opositivamente. El igbo, por ejemplo, posee sólo los siguientes 8 adjetivos: “grande” / “pequeño”, “nuevo” / “viejo”, “negro, oscuro” / “blanco, claro”, “bueno” / “malo”.

Para el PVA, siguiendo el procedimiento analítico descrito hasta ahora, hemos propuesto la existencia de los siguientes 17 adjetivos, algunos de ellos sumamente especulativos:⁶ **bal* “escaso, flojo”, **bel* “negro”, **bin* “doloroso”, **bor* “redondo”, **bur* “suave, blando, tierno”, **dar* “fuerte”, **der* “bueno, bonito”, **dots* “macho”, **dur* “maligno, siniestro”, **gal* “débil, flojo”, **gatz* “malo; áspero”, **gor* “sordo; duro”, **gur* “inclinado”, **kar* “áspero”, **ker* “malo”, **kon* “profundo”, **kor* “rápido; propenso”. Naturalmente, aplicar los principios estipulados por Dixon a esta serie virtual de adjetivos no tendría gran fundamento. Lo que nos interesa ahora es puntualizar que, si nos centramos en un ámbito del léxico, esto es, en un tipo semántico, muy localizable y concreto en casi todas las lenguas, y que además está íntimamente unido a la clase adjetival si es que ésta existe, quizás podamos aportar alguna luz al conjunto del léxico. Nos estamos refiriendo a los colores. Para este ámbito semántico Dixon (1982: 3-7) predice que las lenguas de pocos adjetivos tendrán sólo los colores considerados universalmente más imprescindibles en un léxico, que son el negro y el blanco en primer lugar (en el léxico de 20 lenguas con clase adjetival cerrada, “negro” aparece en 13 y “blanco” en 14), y después el rojo (en 8) y el verde (en 7). A medida que observamos un espectro de lenguas con un número de adjetivos que va de menos a más, el número de nombres de colores va en aumento, aparecen nombres para distinguir diversas tonalidades de cada color, y éstos se forman a menudo por medio de derivación morfológica a partir de comparaciones con nombres comunes (esp. *grana* > *granate*, *mora* > *morado*) o bien a partir de colores más primarios ya existentes en el léxico (esp. *amarillo* > *amarillento*, *rojo* > *rojizo*).

Pues bien, teniendo en cuenta esto, se diría que en el tránsito del PVA al PVR tal y como lo hemos concebido ha tenido lugar precisamente un incremento de los nombres de los colores por medio de derivaciones morfológicas. Para ello es necesario asumir una serie de etimologías referidas a los nombres de colores reconstruibles para el PVR, que son en concreto: *beltz* “negro” (quizás < *beletz*), *urdin* “azul”, *gorri* “rojo”, *hori* “amarillo”, *zuri* “blanco”. Veámoslas:⁷ *beltz* negro” < *bel-etz* “negruzco”, *urdin* “azul” < *ur-di-n* “que se ha

⁶ Los criterios que nos llevan a pensar que estos elementos son adjetivos en PVA son básicamente dos: 1) el sentido que se puede extraer de todos ellos es adjetival; y 2) aparecen siempre a la derecha del compuesto en los sintagmas de estructura [_ - _], luego como categoría muestran una característica formal definida. Como mera observación hacemos notar que la estructura fonotáctica de casi todos ellos es TVR. **Dots* y **gatz*, en cambio, tienen estructura TVS.

⁷ Desde el punto de vista formal, estas etimologías son de Lakarra (2002), salvo la de *urdin*, que es de Michelena (1970) y quizás la de *beltz*, que de una forma u otra ha sido relacionada con aquit. *BELEX* desde los albores de

hecho agua > del color del agua (?), *gorri* “rojo” < *gorr-i* “color ensordecido > mate (!??)”, *hori* “amarillo” < *hor-i* “del color del can (?)”, *zuri* “blanco” < *zur-i* “maderado > del color de la madera”, o bien “pelado”. Estas etimologías parecen en general bastante fiables. Más especulativa, aunque no por ello vamos a dejar de señalarla, parece la vieja propuesta de van Eys según la cual G. V. *arre* “gris, pardo” < **harr-e* “pétreo > del color de la piedra”. Aunque alguno de los significados reconstruidos no sea del todo exacto, no cabe duda de que la idea principal es correcta: estos nombres de colores en PVR son derivaciones a partir de nombres comunes y surgieron como perífrasis con un significado analítico (“que se ha hecho agua”, “del color de la madera”...) del mismo modo que los compuestos del tipo nombre-adjetivo de los que hemos visto unos cuantos, y por último se lexicalizaron como colores.

El hecho de que todos los nombres de colores del PVR sean disilábicos, tengan una estructura derivada y por tanto reciente —no existen nombres de colores monosilábicos—, y que además cubran un espectro tan respetable como “negro”, “blanco”, “rojo”, “azul” y “amarillo”, nos hace pensar que el surgimiento de esta serie de palabras se produjo precisamente al surgir el disilabismo. Pero entonces, ¿qué había antes? Las nociones del tipo semántico COLOR, al menos las más fundamentales, existen en todas las lenguas y son funcionalmente necesarias para la comunicación. Entre los elementos reconstruibles para el PVA hemos identificado **bel* “negro” como el único correspondiente al tipo COLOR. Por otra parte hemos calificado éste como adjetivo. Ninguna de estas dos asunciones —que **bel* signifique “negro” y que sea un adjetivo— puede considerarse totalmente segura, pero asumir ambas casaría bien con el tránsito de una lengua con pocos adjetivos —es decir, con una clase adjetival cerrada— a otra con muchos adjetivos —con una clase adjetival abierta y productiva—, puesto que querría decir que la lista de colores pasó de tener unos pocos —quizás no más de dos o tres— a tener más, y éstos formados por derivación morfológica —y más tarde, por préstamos—.

Entre las lenguas con pocos adjetivos de Dixon (1982: 3-7), el igbo tiene sólo los colores “negro” y “blanco”; el hausa “negro”, “blanco” y “rojo”; el venda “negro”, “blanco”, “rojo” y “amarillo”. En otras lenguas con una clase adjetival abierta, algunos miembros de esta clase se diferencian del resto por una serie de propiedades morfológicas. Esto ocurre por ejemplo en rotulano, entre cuyos 12 adjetivos especiales están los colores “negro”, “blanco” y “rojo”. Lo mismo ocurre en acooli con 7 adjetivos, entre los que se encuentran “negro”, “blanco”, “rojo”

los estudios en torno a las inscripciones aquitanas. En cuanto a la semántica, las conjeturas en torno a *beltz* y *gorri* son nuestras.

y “gris”. En yurok, una pequeña sub-clase de la clase verbal incluye números y 11 nociones adjetivales, entre éstos “negro”, “blanco” y “rojo”. Para acoplar nuestras presunciones en torno al PVA a los baremos tipológicos atestiguados, esperaríamos, por lo menos, encontrar el “blanco” como antónimo de “negro”, pues aquél se presenta en todas las lenguas donde aparece éste. Lo cierto es que entre los adjetivos propuestos para el PVA no encontramos un candidato claro a ocupar este puesto, bien porque el que existió —que seguramente tuvo que existir— se ha perdido, o bien porque la forma antigua de “blanco” se ha desemantizado y nos resulta ilocalizable.

4. Del léxico del PVA al léxico del PVR

Resumamos pues, los puntos esenciales de esta teoría. Toda lengua está compuesta por un número de significantes, correspondientes a otros tantos significados, necesarios para la comunicación. Si en un momento dado se da un proceso por el cual esos significantes con sus respectivos significados se pierden o se desemantizan, entonces tendrán que surgir otros para que la lengua recupere esos significados perdidos. Estos significantes nuevos tendrán que salir de las construcciones morfológicas en productividad creciente. Esto es lo que parece haber ocurrido en el tránsito del PVA al PVR. En PVA, existía un determinado número de raíces lexemáticas del tipo CVC —según Lakarra—. Cuando estas raíces comenzaron a integrarse en construcciones del tipo [_ - ´], sus significados se perdieron y, para que la lengua los recuperara, éstos debían surgir precisamente de las lexicalizaciones de las construcciones del tipo [_ - ´].

Un caso patente es el de los colores. Si nuestra conjetura es acertada, en PVA existía el color **bel* “negro”, y junto a éste con seguridad alguno más según la lógica tipológica. Más tarde, al emplearse éste para completar compuestos del tipo [_ - ´], desapareció como tal la raíz **bel* y con ella el significado “negro”. Pero, al necesitar toda lengua de la noción “negro”, este significado tuvo que resurgir de los compuestos que poco a poco ganaban productividad, los del tipo [_ - ´], que suponían una fuente de nuevos significados, algunos de los cuales servirían para suplir a los de las raíces CVC que se perdían al integrarse éstas en compuestos. Así surgió *bel-étz*, que parece ser la antigua raíz verbal más el sufijo presente también en *bor-tz* “redondeado > cinco”, *hun-tz* “medulosa, medrante > hiedra” y *hor-tz* “canino > diente”,⁸ y

⁸ Cf. Lakarra (2002).

que según lo dicho significaría en origen algo así como “negruzco”. Como la composición tiene la capacidad de la combinatoria, ahora la lengua tenía muchos más recursos léxicos, y por tanto en PVR surgieron más colores. Los reconstruibles para el PVR son: *zur-i* “del color de la madera > blanco”, *gorr-i* “pelado (?) > rojo”, *hor-i* “del color del can > amarillo” y *ur-din* “convertido en agua > azul”.

Todo esto nos lleva a pensar que, en el tránsito del PVA al PVR, tuvo lugar una reestructuración drástica del léxico, hasta el punto de que por así decirlo un vocabulario fue sustituido literalmente por otro.⁹ En todo caso, esto fue un proceso gradual. Primero surgieron los compuestos del tipo [_ - ´], formados por la unión de dos raíces monosilábicas. En este punto, los compuestos serían interpretados analíticamente (**har-bél* “piedra negra”, **zan-gúr* “guardián agazapado”, **orz-tóts* “ruido del cielo”, **hor-só* “perrazo”, *zur-i* “del color de la madera”) y por tanto los significados de los monosílabos no se habrían perdido: **bel* seguiría siendo el significante para el significado “negro”, **gur* para “inclinado”, etc... Después, en algunos casos con la ayuda de diversos procesos fonéticos, los compuestos perdieron su interpretación analítica y se lexicalizaron como meros ítemes, de manera que [_ - ´] > [_ ´] (> mod. *arbél* “pizarra”, *zakúr* “perro”, *ostots* “trueno”, *otsó* “lobo”, *zurí* “blanco”). En principio, parece ser que cualquiera de los lexemas disilábicos podía ser nombre o adjetivo, siendo la característica sintáctica de los segundos que en posición atributiva iban detrás del nombre, exactamente como en PVA. Por último, una vez que los lexemas del PVA, o mejor dicho una buena parte de ellos, se hicieron disilábicos, comenzaron a surgir también sintagmas y compuestos entre éstos, de tal manera que [_ ´] + [_ ´] > [_ - ´ - ´], con el debilitamiento correspondiente de la última sílaba del primer miembro (*ardí* “oveja” + *aldé* “conjunto” > *art-álde* “rebaño de ovejas”).

5. Referencias

- Corbett, G. G., 2000, *Number*, Cambridge University Press.
 Dixon, R. M. W., 1982, *Where have all adjectives gone? and other essays in semantics and syntax*, Berlin, Mouton de Gruyter.
 Feng, S., 1998, “Prosodic structure and compound words in Classical Chinese”, en Packard (ed.), *New Approaches to Chinese Word Formation*, Berlin-Nueva York, Mouton de Gruyter, 197-260.

⁹ De este proceso se deben excluir los monosílabos que nos han llegado del PVA, como *ur* “agua”, *zur* “madera”, *lur* “tierra”, *hots* “ruido, sonido”, *huts* “vacío”, *gor* “sordo”, *gar* “llama”, *bits* “espuma”, *latz* “áspero”..., si bien ello no quiere decir que su significado se haya mantenido inmutable desde el origen de los tiempos.

- Lakarra, J. A., 1995, “Reconstructing the Pre-Proto-Basque Root”, en Hualde, J. I., Lakarra, J. A., Trask R. L. (eds.), *Towards a History of the Basque Language*, Amsterdam, John Benjamins, 189-206.
- _____, 2002, “Etymologiae (proto)uasconicae LXV”, en Artiagoitia, X., Goenaga, P., Lakarra J. A. (eds.), *Erramu boneta: Festschrift for Rudolf P. G. De Rijk* (Anejos de ASJU, 44), Bilbao, 425-442.
- _____, 2004, “Cuernos, pellejos, caballos y otras anécdotas: Notas sobre la reconstrucción de algunas C- y V- iniciales y de la gramática y morfología protovasca antigua”, manuscrito sin publicar.
- Li, C. N. & Thompson, S. A., 1990, “Chinese”, en Comrie (ed.), *The World’s Major Languages*, Oxford University Press, 811-833.
- Martínez Areta, M., 2003, “Hitz-konposakera euskaraz eta aitzin-euskaraz”, en *ASJU* 37.
- _____, 2004, “Adjektiboa aitzin-euskaraz”, en Lakarra, J. A., Hualde, J. I. (eds.), *Studies in Basque and Historical Linguistics in Memory of R. L. Trask*, (Anejos de ASJU 40), Bilbao-San Sebastián, 687-722.